presentándose risueños ante las bombas y las balas enemigas, cayeron hechos pedazos entre los escombros humeantes del caballero alto y de las demolidas cortinas. ¿Qué mas se podría exigir? Murieron como unos héroes, y los franceses con su espíritu romanesco que los domina, decantaron una victoria que el menos versado en el arte militar calculará siempre como un hecho simple y ordinario de la marina de guerra de esta época.

Del castillo nos dirigimos á visitar los buques de guerra y mercantes que se hallaban en la bahía y que habian desplegado sus velas para secarlas al sol, como una parvada de cisnes blancos sacude sus alas sobre la tersa y clara superficie de los lagos.

Los veracruzanos y las veracruzanas.

QUERIDO FIDEL:

He confirmado ya mi juicio en cuanto á la franqueza y hospitalidad proverbial de los veracruzanos. Cuando un mexicano medianamente relacionado va á Veracruz, se le acoge con agrado, se le enseña lo mejor de la ciudad, se le convida á comer, y se abren mate-

rialmente los bolsillos de los amigos para obsequiarle y hacerle agradable su mansion. Una vez presentado á la *guardia jóven*, ya participa una de sus reuniones, de sus agradables tertulias, de sus expediciones en bote, y de sus paseos en volanta á Medellin y á la Boca del Rio. La *guardia* se compone de esos jóvenes inteligentes, de bella figura y finísima educacion, que pertenecen á las principales familias de Veracruz, que así son los primeros en todas las empresas de broma y de alegría, como de echarse en una canoa en la mar irritada, y salvar á los náufragos. La guardia vieja ó los *vieux grognard*, como decia Napoleon á sus granaderos, son ya hombres de mayor edad, que cansados de esas orgías y francachelas de los muchachos, se sientan tranquilamente en el café de la Marina ó del Portal á fumar habanos, á sorber vasos de ponche, contar historias de mar, discutir horas enteras sobre el tiempo, sobre la construccion y buen andar de los buques, ó á forjar con frases náuticas utopias políticas.

Antes de conocer á Veracruz, me habia preguntado muchas veces por qué los veracruzanos ocupaban los mas distinguidos puestos de la República, y cuál era la razon por que han ejercido esa especie de influencia y dominio en los asuntos políticos y mercantiles. Satisfactoriamente me expliqué yo mismo el enigma. Los veracruzanos son activos, de carácter ardiente y emprendedor, de maneras francas y políticas, y además poseen un grado mas de ilustracion: con estas dotes y una nobleza y comodidades tradicionales, es natural que sean llamados á ocupar elevados destinos.

Por mi parte, he quedado bastante complacido al ver que sin dejar sus pronunciadas afecciones por su país, los veracruzanos y veracruzanas aman á México, admiran las bellezas de su suelo y la dulzura de su clima, y se radican en él. Esto complace á los que hemos nacido en México, á quien suelen deturpar injustamente los nativos de otros Departamentos, no considerando que si sus países no están en pleno ejercicio de todos sus goces, es debido á circunstancias del momento y de las cuales ninguna culpa tiene la capital. Así, pues, ya puedes figurarte por lo que llevo dicho, que he estado complacido y satisfecho con esa recomendable juventud veracruzana, donde el sentimiento de las artes y de la poesía está tan desarrollado. Mis paseos han sido acompañado de excelentes amigos, y mis horas de ocio se han deslizado, sin sentirlo, con una conversacion amable y espiritual. ¡Ojalá y los amigos que he tenido la fortuna de conocer en Veracruz, consideraran que estos renglones son un sincero recuerdo que les consagra la gratitud del pobre folletinista!

Una de las grandes nulidades de Veracruz es la escasez del bello sexo, escasez que es causa quizá de la grande estimacion que se tienen las jóvenes entre sí, hasta el grado que parecen una sola familia. Da sin embargo compasion la existencia de esa juventud que se desliza en verdad entre la algazara y alegría de las francachelas; pero que en el fondo es desierta y árida, faltándole aquella animacion, aquella vida, aquella indefinible alegría que da á todos los cuadros sociales

la presencia de las mujeres: sus ojos juveniles y radiantes son la luz de los teatros, su voz angélica y sonora la música de los festines, sus rostros apacibles y sus sonrisas de amor, mas gratas que el viento matutino de los campos y las bellas flores de los jardines. Es menester hallarse poseido de ese vértigo de romanticismo y de fastidio para despreciar esta interesante sociedad de las mujeres, y mirarla como un orígen de dolorosos delirios y de multiplicadas amarguras. Por un enigma incomprensible, esta sociedad actual, positivista é incrédula, quiere hallar la perfeccion en su mismo seno, y el mundo está atestado de utopistas que viven eternamente disgustados de todo lo que existe. En cuanto á mí, convencido de que el mundo siempre ha sido y será con poca diferencia, lo mismo, es decir, un conjunto donde confundidos marchan los vicios y las virtudes, me he formado un sistema que se reduce á ver los defectos de la sociedad como una consecuencia innata de la constitucion humana, y á admirar las virtudes como una prueba evidente de que la mirada de Dios penetra hasta los rincones mas ocultos del corazon humano.

Mas volviendo á mi objeto, no se crea por lo que acabo de decir, que absolutamente faltan las mujeres en Veracruz: he asentado simplemente que escasean. El motivo es muy obvio. En Veracruz no pueden residir mas que las que nacen allí, pues el vómito no permite esa afluencia de poblacion que hay, por ejemplo, en México. La expulsion de españoles, la decadencia del comercio, los azares de la revolucion, y otras

causas, han ido disminuyendo insensiblemente á la poblacion nativa ó aclimatada. Unas familias emigraron á Europa, otras se han establecido en México, y muchas prefieren la dulzura del clima de Jalapa al calor y moscos de Veracruz; de aquí proviene que se hallen radicadas en el puerto un número de mujeres muy pequeño respecto del de hombres. No obstante, en México y en todas partes se nota el trato franco, amable y abierto de las veracruzanas; son extremadamente afectas á la música, tanto, que en una calle de Veracruz que contara catorce casas, en once de ellas hay piano. Algunas señoritas á quienes oí tocar lo hicieron en mi juicio con perfeccion, y el hábil y apreciable profesor Aguilar, que se halla establecido aquí, puede lisonjearse de haber sacado discípulas que lo honran. Inútil es que me detenga yo en hacerte una apología de las veracruzanas, pues en México residen una multitud, cuya hermosura, cuya educacion, y cuyo amable y fino trato, son conocidos en la buena y escogida sociedad. ¡Ojalá y el clima no se opusiera al aumento y progresos de una poblacion, en la que así los hombres como las mujeres, son tan dignos de nuestro cariño, y á quienes positivamente vemos como si hubieran nacido en nuestro risueño y frondoso valle de México!

Cocina.—Teatro.—Drama de Calderon.—La dulcera.

QUERIDO FIDEL:

Ya que acabo de hablarte de la buena sociedad de Veracruz, te hablaré de la *cocina*, que se diferencia mucho de la de México. En las mesas veracruzanas se saborean las verduras que conocemos en México, las excelentes carnes de carnero, ternera, venado, y aves del Interior, los mariscos exquisitos propios de la costa, y los vinos aromáticos y viejos de la Europa. Ya ves que con todos estos elementos y un sazon exquisito y lujoso, propio de Veracruz, no deben pasarla muy mal los aficionados á la gastronomía. Te describiré la mesa á que he asistido hoy, y ten cuenta que no es un convite diplomático. Un par de sopas, arroz y fideos; un puchero de excelente ternera, condimentado con verdura, plátano, calabaza y chayote; un pescado sargo en salsa: ostiones fritos con pan rayado, en la propia concha: camarones frescos en aceite y vinagre: un pescado huachinango, blanco, tierno, y sabroso como una mantequilla, asado con pan rayado; pulpos en una salsa sabrosísima, papas fritas, huevos, robalo fresco,

y unos excelentes frijoles prietos, guisados con tal arte que vale la pena el hacer un viaje para probarlos: vino de Burdeos, vino seco de Madera, champaña, café.

El resultado de esta comida que me hizo conocer la cocina veracruzana, fué una terrible indigestion, que juzgué que era vómito negro en los principios. A pesar de mi filosofía, tuve dos horas mortales de susto.

En Veracruz se almuerza y se desayuna al mismo tiempo, á las nueve: se come en las casas principales, á poco mas ó menos de la manera descrita, á las tres ó tres y media de la tarde, y algunos cenan á las ocho una taza de té, y unos pocos de esos sabrosos frijoles prietos.

Ya conocerás que una vida así es agradable: despues de una buena comida se toma un rato de fresco en el muelle, se charla despues en el café, y á las siete y media se dirige uno á la comedia, cuando la hay.

El teatro es de bonita construccion, regular tamaño, y bastante cómodo. Entre los teatros de provincia puede ocupar el tercer lugar.[1] Esa noche se representó un drama *Roberto Dillon.* Apenas fijé la atencion en la pieza, y me dediqué á observar la concurrencia. En los palcos primeros y segundos estaban las familias distinguidas de la poblacion, entre las que podian contarse algunas jovencitas muy hermosas, y vestidas con extremado gusto y aseo. En el patio habia tambien varias señoritas; pero particularmente hubieran llamado tu atencion las *jarochitas.* Es, por decirlo así,

1 El primer lugar lo ocupa en mi juicio el teatro de San Luis, construido por Tres-Guerras, y el segundo el de Zacatecas.

una especialidad social muy digna de conocerse por su acento andaluz y gracioso, su aseo extremado y su modo singular de vestirse. Por lo regular son morenas; pero algunas de facciones muy finas, de ojos negros y expresivos, y de dientes parejos y blanquísimos. Visten unas enaguas de lienzo blanco muy fino, cerradas con randas y adornadas de encages, lo mismo que toda la ropa interior. La camisa es siempre muy fina, bordada y labrada, con las mangas cortas, terminadas con un encage ancho. La garganta la adornan con cuentas, perlas ó corales, y la cabeza con flores naturales ó imitadas, y un gran *cachirulo*[1] recamado de finísimas labores de oro, al derredor del cual está enredado el pelo y sostenido por otros cachirulos mas pequeños, tambien recamados de oro; al principio juzgué que serian de metal falso los cachirulos, pero despues se me dijo que las jarochas tenian tanta aficion y entusiasmo por ellos, que trabajaban uno ó dos años con tal de adquirir un cachirulo de oro: algunos hay que valen tres ó cuatrocientos pesos. Vienen y van las modas, se acaban, renacen de nuevo, todo es indiferente para las jarochas: ellas no abandonan su modo de vestir y peinarse, y conservan siempre su trage, como su acento y fisonomía singulares. Esto no deja de ser una cosa bastante curiosa en la República, donde por lo general es inconstante y voluble el carácter del pueblo. En cuanto á los jarochos, nuestro amigo José

1 Cachirulo es una especie de peineta de carey de varilla angosta que ciñe hasta la mitad de la cabeza, y á cuyo derredor se enredan graciosamente el pelo, á la manera como se usaba hace algunos años.

María Esteva te los dió á conocer en su preciosa poesía de costumbres, inserta en el tomo 2.º del Museo. Valentones y jametes como los andaluces, no gustan exponer mucho la integridad de su piel, y guardan el machete y dan la vuelta con el mayor donaire del mundo en el momento que se acerca el peligro; sin embargo, en la guerra el primer ataque de los jarochos es terrible é impetuoso como el de un rayo; despues, si la tropa es disciplinada y se sostiene, logra desordenarlos y ponerlos en fuga.

A la siguiente noche volví al teatro; á poco mas ó menos habia la misma concurrencia. Se representaba el *Torneo*, de nuestro querido poeta Fernando Calderon, motivo que me hizo atender algo al espectáculo, mas bien que á mis simpáticas jarochitas. Mucho se hubiera ejercitado tu crítica con aquellos actores, que estropeaban y profanaban una de las mas acabadas obras del poeta zacatecano. Alberto, que venia encubierto con un sayal y sombrero de peregrino de la Tierra Santa, se entusiasma, reconviene á Leonor y arroja el disfraz. Esta es una de las escenas mas bellas del drama; pero el Alberto del teatro de Veracruz quedó en la escena con un ancho sombrero de jarocho, y su armadura de caballero antiguo. Esto excitó la risa de algunos; pero otros se mortificaban de que se parodiara tan vilmente una pieza de tanto mérito.

A pesar de haber sido pésimamente representada la pieza, el público pudo percibir la dulzura de los versos, la delicadeza del pensamiento y la poesía é interés que caracteriza á tal drama, y aplaudió mucho. La

mayor parte de los concurrentes se deshacia en elogios; me preguntaban la edad y señas de Calderon, y deseaban vivamente conocerle. Por supuesto, á cambio de no tener alguna gloria propia, me puse hinchado como un pavo al escuchar todo lo que decian del poeta zacatecano, á quienes les aseguraba yo con acento pueril que era mi amigo y que nos queriamos mucho. ¡Oh! ciertamente los veracruzanos hubieran hecho algo por su hijo; no lo hubieran visto abatido, olvidado y confundido entre la multitud; tanto mas, cuanto que el Trovador que tan armoniosos sones arranca de su lira, ha sido soldado, ha derramado noble y lealmente su sangre por la libertad de su país. Repito, los veracruzanos hubieran elevado á Calderon como merece su talento y su recto corazon: los veracruzanos se enorgullecerian de llamarlo su hijo; pero Calderon ha tenido la desgracia de nacer en un país donde las preocupaciones y los odios políticos están todavía muy arraigados, y donde desgraciadamente ni el mérito, ni los talentos, ni la rectitud de corazon elevan á los hombres; sino las intrigas de las facciones, y de facciones sin energía, sin vigor, y muchas veces sin poder para percibir lo justo y lo conveniente; y donde, en fin, el sentimiento de las artes y de la poesía no está tan desarrollado como en Veracruz. Algun dia Zacatecas reclamará la gloria de haber sido la cuna de Calderon, y entonces se arrepentirá de no haberlo tratado como á su hijo.

Como por una providencia bastante acertada está prohibido fumar en el salon del teatro, nos salimos afue-

ra, así para poderlo hacer, como por respirar un poco la fresca brisa, pues hacia un calor insoportable. Llamó mi atencion una mesa de dulces donde acudian todos, y con una franqueza singular tomaban todo lo que les agradaba. La dulcera les cobraba fiándose en el simple dicho de sus marchantes, y sin muestra alguna de desconfianza echaba las monedas dentro de una guardabrisa, sin parar la atencion en la multitud de manos que hacian desaparecer las yemas y las frutas cubiertas.

—Pobre dulcera! dije yo á un amigo, me parece que va á quebrar indefectiblemente.

—Por qué? me contestó un poco amoscado.

—Pues no ve vd. que en esta confusion y desórden muchos comerán dulces y no pagarán?

—Ni lo imagine vd.; esta es la costumbre en Veracruz, y ni un solo confite se le deja de pagar.

Esta muestra de buena fe llamó mi atencion, y la consigno aquí como un rasgo de moralidad que hace honor á los veracruzanos.

CONCLUSION.

Mi asiento en la Diligencia estaba ya tomado, y mi marcha fijada para el dia siguiente; no obstante, mis numerosos amigos me instaban vivamente para que permaneciese unos dias mas, y yo, que habia pasado alegremente mi tiempo, lo deseaba tambien: no habia mas dificultad sino conseguir que el administrador de

las Diligencias consintiese en ello. Al dia siguiente nos dirigimos á recabar su permiso.

—Don Juan, le dijo afectuosamente uno de ellos dándole una palmadita en el hombro, queremos que este buen pájaro permanezca unos dias mas con nosotros.

—Pues que esté todo el tiempo que le de la gana, contestó con una voz seca y sin conmoverse con las afectuosas expresiones de E.***

—Muy bien, D. Juan, entonces podrá marcharse en el viaje próximo.

—Sí, pagando otros cincuenta pesos.

—Hombre, pero vd. podia dar el asiento á otro pasajero.

—No.

—Vea vd., ha llegado el paquete «Eugenia», y vd. puede llenar su coche.

—No.

—Es que el señor tiene necesidad de permanecer aquí unos dias mas.

—Pues que permanezca.

—Entonces no perderá el importe de su asiento.

—Sí.

—Esto es muy duro, muy cruel.

—Pues que se marche.

—Pero, D. Juan, ¿qué no hay medio de.....

—No.

—Mire vd., D. Juan, le rogamos por vida de O'Connell que condescienda en que el señor se marche en el otro viaje.

—Sí.....

—Bueno, viva D. Juan: D. Juan es un hombre *comm'il faut*.

—Pero pargará otros cincuenta pesos.

—Hombre de los diablos! Irlandés de fierro!

—Que se vaya, que se vaya con mil diablos su pasajero de vdes., gruñó D. Juan, y colérico y dando la vuelta, nos dejó pasmados con su laconismo.

En la noche, á la hora de partir el coche, las súplicas y los ruegos se renovaron. D. Juan fué inflexible, y yo con mi pequeño equipaje debajo del brazo, subí tristemente á la Diligencia, dirigiendo mis tiernos adioses á mis buenos amigos, á quienes nunca olvidaré, y que hasta este momento me dieron muestras inequívocas de su cariño.

Don Juan era, que ni mandado hacer, para gobernar á la República Mexicana.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA COLECCION DE NOVELAS.

	Páginas.
El cura y la ópera	8
María Estuardo	31
La reina de Escocia á la reina Isabel	105
Isabel de Inglaterra	127
El poeta y la santa	139
El castillo del baron D'Artal	165
La Lámpara	183
Pepita.—El capitan y su teniente	199
La enferma	201
Otra infamia	206
La Providencia	209
La cena	213
La escaramuza	219
La fuga	223
Verte y morir	225
Granaditas.—Recuerdos históricos	235
El Lucero de Málaga	253

ÍNDICE.

UN VIAJE A VERACRUZ, EN EL INVIERNO DE 1843.

Páginas.

La casa de Diligencias.—Los Lagos.—El camino.—Vista de Puebla..... 289
Rio-frio.—San Martin.—Recuerdos de Cholula..... 306
Rápido paseo en Puebla.—La casa de Diligencias.—Algunos edificios públicos.—Paseos.—Don José Manzo..... 316
Vista desde las torres de la catedral.—Fábricas de loza.—Hilados 328
El coloquio.—El lépero.—La china..... 337
La catedral de Puebla..... 346
Noticia biográfica de los obispos que han gobernado la mitra de Puebla desde el año de 1527 hasta el de 1774..... 355
Alhajas de la catedral.—Historia de las fundadoras del convento del Cármen. 370
Fundacion del convento de San Francisco.—Nuestra Señora la Conquistadora.—Convento de Santo Domingo.—Tradicion de Nuestra Señora de la Manga.—La Vírgen del Rosario.—Fechas de la fundacion de otros conventos. 380
Visita á las iglesias.—Pinturas..... 386
De Puebla á Perote.—Cuesta de San Miguel del Soldado..... 395
Jalapa.—Iglesia de San Francisco.—Los Berros.—El tercer Ligero de infantería..... 403
Tertulia.—Las Jalapeñas.—Concierto de jaranitas..... 412
Paseo á Coatepec.—El cañon de cuero.—El puente del Diablo..... 418
Salida de Jalapa.—El Puente Nacional.—Recuerdos del general Victoria.—Llegada á Veracruz..... 425
El muelle.—La casa de Diligencias.—La ciudad..... 432
Los zopilotes.—Nueva plaza del Mercado.—El hospital.—El cementerio... 439
Fundacion de Veracruz..... 448
Asalto del pirata Lorencillo.—Otros sucesos..... 453
Los veracruzanos y las veracruzanas..... 466
Cocina.—Teatro.—Drama de Calderon.—La dulcera..... 471
Conclusion..... 476

FIN DEL ÍNDICE.

PQ7297
.P27
A15
1871

FHRC
155502

AUTOR
PAYNO, Manuel